

Irracionalidad

I) Introducción

La irracionalidad es un fenómeno típicamente humano y de hecho, a pesar de que ante todo se trata (contrariamente a lo que es la concepción usual y como argumentaré en este ensayo) de un fenómeno de vida cotidiana, pienso que es también un fenómeno básicamente incomprendido. Veo dos razones para dar cuenta de ello:

- a) desde que se empezó a reflexionar sobre el tema se ha pretendido dar cuenta de la irracionalidad **desde** la plataforma de la racionalidad, es decir, como algo cuya naturaleza y manifestaciones sólo se entienden por la vía del contraste con esta última. Es debatible si la estrategia de examinar algo a través de otra cosa es legítima, pero la situación es más grave aún si a la pregunta ‘¿qué es la racionalidad?’ lo que en general se ofrece no son más que respuestas filosóficamente simplonas, teóricamente deficientes y conceptualmente insatisfactorias. En efecto, en la concepción usual la racionalidad se identifica sobre todo con la lógica y con el conocimiento científico. Sería, pues, en la ciencia (en un sentido amplio) en donde por excelencia encarnaría la racionalidad humana. Así, puesto que lo irracional sería precisamente aquello que no se somete a los cánones de la racionalidad, *i.e.*, los principios de la ciencia y los métodos que en ella se emplean, esta concepción hace de la irracionalidad un sub-tema de la filosofía de la ciencia, lo cual en sí mismo es muy sospechoso. Lo irracional queda entonces de entrada concebido como algo que emana ante todo de la ignorancia y de la ilogicidad. Ahora bien, es claro que si se parte de una concepción tan pobre de la racionalidad el esfuerzo por dar cuenta de la irracionalidad estará *ab initio* desorientado y probablemente no se pasará de meros lineamientos generales de explicación, de sugerencias abstractas de cómo eventualmente se podría llegar a entender lo que la irracionalidad es.
- b) La inveterada tendencia de los filósofos a considerar la racionalidad y la irracionalidad como rasgos de la psique individual. Desde luego que el concepto de irracionalidad se aplica a individuos, es decir, hay diversas líneas de conducta de una persona que sólo a ella atañen para las cuales el único adjetivo apropiado sería ‘irracional’. No obstante, como trataré de hacer ver, dicha aplicación es derivada, *i.e.*, es una extensión del uso primordial de

‘irracional’, el cual es ante todo de carácter colectivo y situacional. Expresando el punto en términos temporales un tanto equívocos pero ilustrativos, podríamos quizá decir que se es irracional primero en relación con los demás y sólo después puede uno serlo en relación consigo mismo.

El enfoque general clásico ha dado lugar a múltiples confusiones. Por ejemplo, el hombre fue definido por Aristóteles como animal racional, una definición ciertamente muy útil para muchos efectos. No obstante, para nuestro tema dicha caracterización ha sido funesta. Dada su definición, a lo que de manera natural el animal “racional” se contraponen es a los animales no humanos, es decir, a los seres vivos “irracionales”. El problema entonces es que así entendido lo irracional queda automáticamente asociado con “lo animal”, lo cual en este contexto significa en primer lugar todo lo que **no** está directamente conectado con el **intelecto**: las emociones, las reacciones, los deseos, las pasiones, la violencia, las funciones orgánicas y cosas como esas. De ahí que en la tradición la irracionalidad haya sido siempre entendida como resultado de una especie de perturbación u obnubilación de la parte racional del hombre causada por la intromisión o acción en ella de su parte “irracional”. Dado que fue así como Platón¹ y Aristóteles dicotomizaron al hombre, lo irracional desde entonces quedó caracterizado como lo que es esencialmente opuesto a lo cognitivo, lo que obstaculiza las funciones cognitivas del ser humano. Esto, a mi modo de ver, es un grave error cuya principal consecuencia es simplemente que impide de raíz que se comprenda lo que es la irracionalidad. En todo caso, desde este punto de vista lo irracional resulta ser inherente al hombre y constituye, por así decirlo, su aspecto negativo: no somos perfectos o divinos precisamente porque estamos sometidos a nuestras pasiones, veleidades, necesidades de diversa clase, etc., es decir, porque somos intrínsecamente irracionales.

La segunda razón mencionada por la que, desde mi punto de vista, el debate en torno a la irracionalidad se ha encauzado por senderos equivocados es que si bien es evidente que los problemas que plantea atañen o conciernen a individuos concretos, ello no significa ni implica que dichos problemas tengan que ver en primer término con lo interno a ellos y no más bien con la **interacción** entre ellos. Esto ha propiciado la elaboración de múltiples “teorías de la mente”, de sus “particiones”, módulos, etc., y explica por qué en las discusiones comunes los temas centrales de la cuestión general de la irracionalidad han sido sobre todo fenómenos psicológicos raros, como el *wishful thinking*, la akrasia (el actuar en contra de nuestro mejor juicio) y la debilidad de la voluntad o las diversas clases de conflictos que se pueden dar entre deseos, acciones y creencias. Este enfoque, como intentaré

¹ Piénsese tan sólo, por ejemplo, en el mito platónico de los caballos y el conductor de la carreta desarrollado en el *Fedro*.

hacer ver, es sumamente desorientador y ha constituido un obstáculo permanente para la comprensión del tema.

II) *La Propuesta*

Me propongo cuestionar el cuadro tradicional de la irracionalidad ² y remplazarlo con una concepción diferente. Como yo lo entiendo, el de “irracionalidad” es un concepto de aplicación cotidiana y no, como en general se le usa, como un concepto derivado, de uso casi ocasional, que sirve para acotar rarezas, casos clínicos, patología mental, etc., o para contrastar nuestra cultura con algo externo a ella. Contrariamente a lo que normalmente se sugiere o simplemente se asume, el concepto de irracionalidad no es un concepto inter-cultural, sino intra-cultural. La irracionalidad, deseo sostener, es un fenómeno por todos conocido o padecido y que se produce al interior de nuestra propia cultura, de la cultura en la que uno está inmerso, pues fue construido justamente para dar cuenta de situaciones especiales en las vidas cotidianas de los hablantes. El irracional no es el individuo que procede de una sociedad diferente de la nuestra, el bárbaro que no habla nuestro idioma, etc., sino precisamente el miembro de nuestra propia comunidad cultural y lingüística con quien se produjo algún un conflicto de carácter peculiar. Podemos calificar de ‘irracionales’ desde luego a personas, decisiones, actos, etc., pero me parece que es mucho más fructífero considerar que el concepto se aplica en primer término a **agentes/hablantes en situaciones concretas de conflicto**. Lo que encontramos en situaciones de irracionalidad es a personas de alguna manera trabadas en su interacción, tanto lingüística como extra-lingüística. La irracionalidad es ante todo una descompostura de los mecanismos normales de interacción entre las personas. Es, por lo tanto, una derrota de la normalidad y es sólo si equívocamente se identifica la normalidad con la racionalidad que puede entenderse la irracionalidad como una derrota de la racionalidad. Esta identificación, sin embargo, es engañosa y no tenemos por qué hacerla nuestra. Más bien, la irracionalidad representa sobre todo una especie de descompostura lingüística (un corte tajante en la comunicación), cognitiva (incomprensión mutua) y práctica (no resolución de problemas). Desde mi punto de vista, la irracionalidad queda acotada no mediante especulaciones *a priori*, sino desde la plataforma del fracaso en la comunicación y en la acción. De hecho detectamos irracionalidad precisamente cuando nos percatamos de que hay algo en los canales de comunicación y acción que está bloqueado. De ahí que, contrariamente a lo que ha sido sugerido en diversas ocasiones, la irracionalidad no pueda tener connotaciones positivas. No hay tal cosa como “irracionalidad funcional”, “irracionalidad positiva”, etc. El irracional es justamente aquel con quien en una situación problemática uno ya no puede seguir comunicándose como

² Me refiero, desde luego, a lo que es el cuadro inicial, puesto que los diagnósticos de dicho cuadro son innumerables y de lo más variado.

normalmente lo hace, es decir, alguien con quien los procedimientos normales (“racionales”) de resolución de problemas quedaron cancelados. Y algo que es de primera importancia entender es que ‘irracional’ es una noción tanto descriptiva como evaluativa, pues cuando se le aplica a alguien quiere decir tanto ‘ya no hay comunicación contigo’ como ‘tú tienes la culpa de que esto suceda’.

Con base en lo anterior deseo sostener, a diferencia de lo que a menudo se afirma, que más que un problema de intelecto, de capacidades cognitivas o lingüísticas limitadas o defectuosas, el problema que plantea la irracionalidad es ante todo y en primer lugar uno de **voluntad**. Alguien inmerso en una situación de irracionalidad es alguien que, por alguna causa o serie de causas que es preciso investigar, **decidió** ya no aceptar un discurso o una argumentación a la que cualquier otra persona, en las mismas condiciones, atendería o sería sensible. El irracional no es el que no sabe o no comprende algo, el incapaz de resolver un rompecabezas o un crucigrama o de encontrar la solución de un problema de matemáticas, sino más bien el que erige una especie de barrera lingüística y literalmente **se niega** a escuchar al otro, a ponderar sus razones, sus explicaciones, sus justificaciones. El irracional, o la persona que genera una situación de irracionalidad o participa en ella, es desde luego incapaz de auto-cuestionarse, de auto-criticarse, de escapar de ella. Esto es perfectamente comprensible: algo muy difícil de lograr (quizá imposible, por lo menos en el momento) es hacerle entender al irracional que se está comportando irracionalmente.³ Por decirlo de alguna manera: la irracionalidad no se siente, sino que se exhibe. Es, pues, un asunto de carácter eminentemente conductual. Aunque ya ofrecí alguna indicación al respecto, quizá ahora se entienda mejor por qué desde mi perspectiva enfocar el tema de la irracionalidad ante todo como un fenómeno enteramente personal tiene que ser un error: no sólo reduce la irracionalidad a un asunto puramente intelectual (de lógica de primer orden!) o “mental”, sino que además hace imposible que se aproveche la fuerza explicativa del concepto y deja sin explicar multitud de situaciones reales, al tiempo que ignora por completo la faceta moral del concepto. Si la irracionalidad es importante lo es sobre todo por sus consecuencias prácticas: cuando se produce una situación irracional el problema involucrado queda sin resolverse y entonces la razón cede su lugar a la arbitrariedad, a la prepotencia, a la imposición. Lidar con un irracional es tratar con alguien para quien, momentáneamente y para ciertos efectos específicos, el lenguaje perdió su sentido, su utilidad. Al irracional lo único que se le puede decir es: “no puedo seguir hablando contigo. Ya no tiene sentido. Pero, además, por haber bloqueado los canales de comunicación con un semejante, te considero malo. No quiero ser como tú”. En el fondo, eso es lo que se dice cuando se le dice a alguien ‘eres irracional’ o ‘estás siendo irracional’.

³ Como argumenté en mi ensayo “La Mente Irracional”, no hay un uso literal en el lenguaje coloquial para ‘soy irracional’, como no lo hay para ‘estoy muerto’, ‘estoy inconsciente’, ‘no sé hablar español’, etc. Este *factum* lingüístico tiene implicaciones filosóficas que es un error de consecuencias profundas desdeñar.

Esta es la idea general de irracionalidad que deseo defender. En concordancia con ello, lo que ahora haré será en primer lugar realizar un análisis del concepto de irracionalidad para, posteriormente, tratar de ofrecer un esquema explicativo de cómo y por qué puede ella llegar a gestarse.

III) “Irracionalidad” y conceptos afines

Es un lugar común decir que un ser humano normal es un ser racional. El problema con esta afirmación es que lleva a muchos a identificar la normalidad con la racionalidad. Que dicha identificación es perniciosa es algo que puede verse con relativa facilidad si recordamos que tenemos no nada más dos nociones, *viz.*, racionalidad e irracionalidad, sino cuatro nociones emparentadas, a saber, racionalidad, irracionalidad, a-racionalidad y no-racionalidad. Es sólo si no las confundimos que podemos sentar las bases tanto para exhibir el error al que induce el intelectualismo habitual como para no caer en él. En concordancia con esto, sugiero que para iniciar nuestro esbozo de caracterización de los conceptos que nos incumben lo primero que se debe hacer es traer a la memoria y tratar de adaptar (con las modificaciones pertinentes, naturalmente) el cuadro aristotélico de la oposición entre juicios o proposiciones a las categorías de las que aquí nos ocupamos. Así, si no me equivoco, lo que entonces habría que decir sería algo como lo siguiente: la racionalidad y la irracionalidad no son contrarios, sino contradictorios. Por otra parte, aunque hay un sentido en el que la irracionalidad y la racionalidad se oponen, lo que en primer término se contrapone a la racionalidad es la no-racionalidad. La no-racionalidad se conecta con la irracionalidad en el sentido en que **puede** conducir a ella, culminar en ella. La a-racionalidad, por su parte, es básicamente neutral *vis à vis* tanto la racionalidad como la irracionalidad. Estas conexiones preliminares, sin embargo, se entienden mejor si las ejemplificamos.

Es evidente que mucho de nuestra vida cotidiana se realiza sin que ofrezcamos razones. Simplemente actuamos. La conducta normal, por lo tanto, es en gran medida a-racional. No significa esto que no podríamos ofrecer razones o justificar nuestro actuar si se nos forzara a ello, pero es obvio que en casos así sentiríamos que las razones que pudiéramos proporcionar serían redundantes, artificiales, por no decir semi-absurdas. Por ejemplo, si uno se propone desayunar en su casa ciertamente no se dice a mí mismo algo como: “Ningún genio maligno puede hacerme creer que tengo el deseo de comer cuando no lo tengo; estoy además persuadido de que la cocina aún existe. Sé que tengo un cuerpo. Por lo tanto, puedo desplazarme hacia la cocina para ingerir mis alimentos y saciar mi deseo”. Eso es absurdo, pero esa “justificación” absurda es la que habría que ofrecer si se nos exigieran razones. Es evidente que normalmente no procedemos de esta forma. Así, pues, la a-racionalidad incorpora pensamientos y deseos pero sin hacerlos explícitos, más que si hay una razón especial para ello. En verdad, en casos como el del

ejemplo lo irracional sería intentar dar razones, dado que es obvio que ello está totalmente fuera de lugar. Cabe señalar, dicho sea de paso, que más que irracionales, en la medida en que son incapaces de ofrecer razones, también los animales son más bien a-rationales. Ahora salta a la vista por qué si se contraponen lo animal irracional a lo humano intelectual posteriormente sea imposible no caer en el error de pensar que la irracionalidad surge de un conflicto entre la parte racional y la parte volitiva y emocional del hombre. El error, por consiguiente, surge por no reconocer suficientes categorías ni trazar suficientes distinciones conceptuales.

Frente al concepto de a-racionalidad con lo que nos topamos es con el de no-racionalidad.⁴ La gente realiza multitud de acciones que no son las rutinarias, las obvias, las que no requieren de ninguna justificación y para las cuales, a menudo al menos, sí hay que ofrecer razones o justificaciones (en un sentido elástico de la palabra). Nadie ofrece razones para secarse y vestirse después de bañarse, pero sí para ir al banco antes de ir al trabajo o a la inversa. Ahora bien, las razones que ofrezcamos pueden ser objetivamente criticables. Admito que en español el hablante normal tendería a decir que si el sujeto actúa con base en malas razones es porque es irracional, pero me parece que lo que realmente quiere decir es más bien que es no-racional. Lo que pasa es que le falta la palabra adecuada y como es más fácil usar una que dos, entonces inadvertidamente se expresa mal (esto es, dice 'irracional' en lugar de 'no-racional'). Ahora bien, la peculiaridad de la no-racionalidad es que tiene que ver exclusivamente con la faceta intelectual, cognitiva, lógica de la persona. Pero la no-racionalidad es tan compatible o tan incompatible con la racionalidad como con la irracionalidad. Es sencillamente falso que por ser no-racional una persona sea *eo ipso* irracional. Después de todo, es perfectamente imaginable que alguien se sienta justificado en actuar como lo hace ofreciendo como explicación lo que de hecho son malas razones. En otras palabras: el estar equivocado no es *per se* una expresión de irracionalidad, sino tan sólo de error intelectual, esto es, de no-racionalidad. Así, pues, lo no-racional tiene que ver exclusivamente con la calidad de las razones, de las argumentaciones que se ofrezcan. Nos encontramos aquí en el mundo del intelecto (la lógica, el conocimiento, el sentido común). Hay, por lo tanto, un sentido en el que lo no-racional es simplemente racionalidad defectuosa y en **este** sentido lo racional sí es de carácter meramente cognitivo y lógico. Sin embargo, como trataré de hacer ver, la racionalidad abarca más que esto, es decir, tiene más facetas que las puramente lógicas y cognitivas.

⁴ Hay una distinción conceptual que en español no está trazada por medio de palabras específicas, sino que hay que trazarla por medio de descripciones. En inglés, en cambio, sí se reconoce esta distinción mediante palabras. Así, los anglo-parlantes tienen los adjetivos 'rational' y 'reasonable'. Lo que yo afirmo es que hay un sentido en el que la traducción adecuada de 'unreasonable' es 'no-racional'. Así, pues, se es no racional cuando se es no razonable, en el sentido de que el agente no ofrece buenas razones para explicar o justificar lo que hace.

A diferencia de los anteriores, los conceptos de racionalidad y de irracionalidad son de mucho mayor alcance y de un orden superior, en el siguiente sentido: abarcan el todo de la vida humana, esto es, tienen que ver tanto con fines como con medios, con los efectos de las acciones como con sus motivaciones, con el sentido y con el sinsentido de nuestras decisiones, conductas, aspiraciones, etc. Son, por bautizarlos de algún modo, conceptos globales. Se recurre a ellos cuando queremos juzgar, calificar o justificar acciones y proporcionar explicaciones, evaluándolas en conexión con otras creencias, deseos, objetivos y mecanismos para alcanzarlos. Ahora sí estamos en posición de entender por qué la no-racionalidad no es lo mismo que la irracionalidad, pero puede desembocar en ella o conducir a ella. Eso se produce cuando se vuelve enteramente imposible convencer al sujeto de que está razonando mal, de que apoya su argumentación en datos equivocados, etc., y cuando el sujeto en cuestión sigue actuando sobre la base de lo que objetivamente son malas razones. Lo racional, por su parte, es lo que nos resulta comprensible, justificado, convincente, inatacable, encomiable. ‘Racional’ es un adjetivo al que recurrimos cuando necesitamos dar cuenta de una acción o de una explicación, pero en conexión con muchas otras. Un deseo, una creencia, una línea de conducta, una reacción, un objetivo, etc., considerados en sí mismos, no son ni racionales ni irracionales. Si yo deseo ir a la Luna, mi deseo es irracional; pero si un astronauta que forma parte de un gran proyecto espacial desea ir a la Luna, su deseo (que es el mismo que el mío) es perfectamente comprensible y, por ende, racional. Es para medir la congruencia de totalidades conformadas por deseos, creencias, metas, conductas, etc., *i.e.*, por los elementos de lo que normalmente es el contexto de una acción, que apelamos a nociones como las de racionalidad e irracionalidad. La racionalidad, por lo tanto, abarca o comprende la faceta intelectual (en un sentido amplio del término) del sujeto, pero no se agota en ella.

Así, pues, no es que sea falso afirmar que la irracionalidad es una especie de corto-circuito de la racionalidad pero sí sumamente equívoco y engañoso, porque en contra de lo que en primer lugar atenta la irracionalidad es más bien la normalidad. Debería quedar claro de una vez por todas que es una perversión filosófica y una desviación de las formas normales de expresarnos pretender decir de todas y cada una de nuestras acciones diarias que son “racionales” o que no lo son (y pasar entonces a inferir que por lo tanto son “irracionales”). En el sentido usual, como ya argumenté, lo que choca con la racionalidad es ante todo la no-racionalidad y, como ya vimos, en este sentido ser no-racional no necesariamente es ser irracional. Es este sutil error, si no me equivoco, lo que se encuentra en la raíz de la primera de las causas de incompreensión de la irracionalidad que mencioné al inicio del ensayo. Por otra parte, no hay nada que decir en contra de la idea de que, estrictamente hablando, irracional sólo lo puede ser el ser humano, esto es, un ser que puede en principio ofrecer razones que son absurdas pero que él considera como si efectivamente fueran justificatorias de sus acciones, a las cuales se afierra y en función de las cuales actúa. Es, pues, absurdo decir que los animales son irracionales.

Afirmé más arriba que es al todo constituido por personas en situaciones específicas a lo que en primer término aplicamos el adjetivo 'irracional' y que es sólo después, por extensión, que lo aplicamos a las personas consideradas aisladamente o en sí mismas o a otras cosas (concepciones, conductas, justificaciones, etc.). A reserva de tratar posteriormente de decir algo referente a la irracionalidad personal o individual, preguntémonos ahora: ¿cuándo podríamos decir que se produce una situación de irracionalidad? Dependiendo de la respuesta que demos a esta pregunta podremos plantearnos otras igualmente relevantes como '¿qué es ser irracional?', '¿quién es irracional?', '¿quién y sobre qué bases juzga que el otro es irracional?' y así indefinidamente.

Quizá lo primero que habría que hacer sería recordar que, como lo sugerí más arriba, una condición para que alguien me pueda resultar irracional es que ese alguien sea culturalmente afín a mí, que sea alguien como yo. 'Alguien como yo' significa en este caso simplemente alguien que comparte conmigo una cierta cosmovisión: valores, lenguaje, expectativas, convenciones y demás. Así, pues, es preciso distinguir entre, por un lado, la incomprensión del extranjero, de quien es culturalmente extraño para uno, que procede de una sociedad marcadamente diferente de la de uno, no conoce nuestro idioma, nuestras reglas de vida, etc., y por el otro la incomprensión del irracional, esto es, de alguien que forma parte de nuestra comunidad y a quien en general uno comprende pero a quien súbitamente (*i.e.*, por su irracionalidad) deja uno de comprender. Así entendida, la irracionalidad es relativa a un agente/hablante que por hacer suya una cierta concepción o por adoptar una perspectiva determinada, en un momento determinado y en relación con un tema relativamente bien acotado o delineado, se conduce de manera extraña *vis à vis* su interlocutor. Con el ser humano que es para mí totalmente desconocido comparto todo biológicamente pero nada culturalmente, en tanto que con el irracional comparto culturalmente todo pero por la situación irracional que crea se produce un corte especial en nuestra plataforma común. O sea, es precisamente para acotar los cortes o abismos que se generan en nuestra interacción con otros, para dar cuenta de cierta clase de situaciones conflictivas, que en primer lugar se acuñó el concepto de irracionalidad. De ahí que se podría describir una situación irracional típica como sigue: es una situación en la que se usa un lenguaje común, pero en la que el pensamiento ya no fluye y la comunicación genuina cesó. Para quien juzga, el irracional es precisamente aquella persona que dejó de operar normalmente, (*i.e.*, y otra vez equívocamente) como ser racional y, por lo tanto, que dejó de ser cooperativo y funcional. Es sólo después, como una extensión de esta aplicación fundamental, que podemos decir de alguien que es irracional porque busca lo imposible, porque es incoherente, porque actúa sobre la base de creencias fantasiosas, y así sucesivamente. Obviamente, la explicación causal (si la hay) sólo puede generarse sobre la base de la aclaración conceptual previa.

Lo anterior nos permite a distinguir de inmediato dos planos, dos ámbitos de manifestación de la irracionalidad: el del lenguaje y el de las acciones. En relación con el primero, lo que podríamos decir son dos cosas:

- a) en una situación de irracionalidad, los argumentos de una de las partes ya no hacen mella en el irracional, es decir, no cumplen ya con su función natural, que es la de influir en la conducta del oyente hacia un fin común, y
- b) los argumentos del hablante irracional típico o paradigmático no son convincentes o son abiertamente defectuosos. Esto, empero, es un asunto de grados y, además, es un hecho que alguien puede estar equivocado, defender una posición errada y, no obstante, tener buenas razones para ello.

Desde el punto de vista de las acciones, podemos afirmar que las del agente irracional nos parecen injustificadas, incomprensibles, innecesarias, pero sobre todo, a corto o a largo plazo, **contraproducentes** para el agente. O sea, la irracionalidad no puede ser inocua. Ahora bien, debería quedar claro que situaciones de irracionalidad en las que dos (o más) miembros de una misma comunidad caen no se deben en general a meros errores factuales, a simples errores de lógica en el razonamiento. Si así fuera, sería relativamente fácil corregir o combatir la irracionalidad y acabar con ella definitivamente. Lo único que tendríamos que hacer sería enseñarles lógica o proporcionar información. Es altamente probable que la irracionalidad incorpore o comporte ignorancia e ilogicidad, pero intuitivamente parecería ser algo bastante más complejo que eso. Esto último me lleva a otro punto que considero que es de importancia capital y central a la perspectiva por la cual abogo.

A diferencia de la caracterización de los problemas de irracionalidad que nuestra reconstrucción del concepto de irracionalidad nos permite efectuar, los problemas a los que apunta el enfoque tradicional son problemas enteramente personales y afectan básicamente si no es que exclusivamente a quien es de voluntad débil o cree lo que le viene en gana o cosas por el estilo. De acuerdo con la concepción que propongo, en cambio, los problemas causados por la irracionalidad son de variada índole pero, más que de carácter meramente individual, son ante todo de carácter, colectivo, grupal o social (o, también, si se prefiere, “situacional”). Por ello, si lo que hasta ahora he sostenido es correcto, una teoría acerca de la mente (su estructura, funcionamiento, principios operativos, etc.) para explicar la irracionalidad será siempre, en el mejor de los casos, insuficiente para dar cuenta de ésta y en el peor simplemente irrelevante. Sería demasiado osado negar que podría ser útil, pero lo que sí podemos rechazar es que explique lo que es la irracionalidad. Lo que se requiere para que ésta sea debidamente comprendida es más bien una

teoría de la acción colectiva o, mejor aún, de cierta clase de fallas en la acción colectiva.

El tema de la irracionalidad es sumamente complejo, por lo que para su estudio es menester trazar distinciones de diversa índole. Por lo pronto, es evidente que hay que distinguir entre un análisis del concepto de irracionalidad y una explicación del modo como opera una persona irracional. Lo primero, que es lo que hemos venido haciendo, es una investigación típicamente filosófica; lo segundo, en cambio, exige que se construya un modelo explicativo, por simple que sea, que permita generar o por lo menos sugerir explicaciones de orden causal. A este respecto, a mi modo de ver la tarea urgente es la de elaborar una tipología de las conductas irracionales. Ahora bien, antes de tratar de apuntar a causas del fenómeno mismo de la irracionalidad y de decir algo sustancial al respecto, intentaré hacer algunas aclaraciones acerca del concepto de irracionalidad, como labor propedéutica inevitable, puesto que hasta ahora lo único que hemos hechos ha sido enunciar ciertas conexiones entre diversos conceptos que forman una cierta familia. Consideremos, pues, velozmente cómo de hecho se manifiesta la irracionalidad.

IV) *Modalidades de irracionalidad*

Si lo que hasta aquí hemos dicho no es desacertado, entonces queda claro por qué la irracionalidad ha sido básicamente incomprendida. Eso es algo que puede hacerse sentir con relativa sencillez. Preguntémosnos: ¿por qué la akrasia sería una manifestación de irracionalidad? Supongamos que alguien sabe que no debería comer carne, pero no resiste la tentación y le arrebató a su esposa la mitad de su platillo cuando ésta se sirve un succulento roast-beef. ¿Por qué una persona así sería “irracional” (me refiero al comer, desde luego, no al acto de quitarle a la esposa algo)? Si la respuesta es que el sujeto en cuestión es irracional **porque** come algo que él sabe que le hace daño, la contra-respuesta es tan inmediata como contundente: no nada más recurrimos para ello al concepto de creencia para explicar o hacer comprensible una acción, sino también al concepto de deseo. En verdad, no veo nada de fantástico en la idea de que haya ocasiones en las que si una creencia me lleva en una dirección y un deseo en otra sea el deseo el que triunfe. Desarrollando nuestro ejemplo, habría que pensar entonces que para ser racional lo que el sujeto tendría que hacer sería evitar la tentación y para ello no ir **nunca** más a un restorán, nunca más comer con amigos que comen carne, etc. En mi opinión, si algo sería digno del calificativo ‘irracional’ ello lo serían una conclusión y una decisión así. A decir verdad, los enfoques tradicionales son de una pobreza explicativa anonadante: se nos quiere convencer de que la irracionalidad tiene que ver exclusivamente con creencias y que el irracional es aquel que actúa en contra de algunas de sus propias creencias porque ignora el *modus ponens* o el principio de no contradicción. Pero ese enfoque está obviamente mal: salvo si trivializamos la noción de creencia, el

conflicto no es nada más de creencias sino de creencias entremezcladas con deseos, *viz.*, el deseo de gozar de buena salud y el deseo de disfrutar de una buena comida y las creencias correspondientes. El deseo proporciona el fin y es el motor de la acción; la creencia es, las más de las veces, meramente operativa. En verdad, puede sostenerse que si (siguiendo con nuestro ejemplo) es mucho más intenso el deseo de comer algo sabroso que sólida la creencia de que le hará mal, habría que concluir que sería irracional por parte del sujeto no comer carne! Infiero que múltiples casos de akrasia, debilidad de la voluntad y demás, que a menudo son considerados como ejemplos paradigmáticos de irracionalidad, sencillamente no lo son. Si para poder resistir el inmenso dolor que me causa la muerte de un ser querido **necesito** creer en la justicia universal o en la inmortalidad del alma, porque de lo contrario me suicidaría: ¿no sería de lo más irracional no aceptar dicha creencia? Me atrevo a pensar que sí.

Sobre la base de lo que hemos dicho, lo que tenemos ahora que preguntarnos es: ¿cuándo podríamos decir que se produce una situación irracional o de irracionalidad? Antes de intentar responder a esta pregunta, recordemos que la respuesta que podamos proporcionar será forzosamente tentativa e incompleta. Lo que quiero decir es que no pienso que sea factible elaborar un esquema explicativo abstracto válido para todos los casos por la sencilla razón de que **no hay tal cosa como la lógica de la irracionalidad**. En otras palabras, no hay una fórmula que abarque todos los casos posibles de situaciones irracionales. Lo más que, en mi opinión, podemos afirmar de manera general es que una situación irracional se caracteriza por combinar información diferente por parte de los hablantes con mala voluntad y con evaluaciones implícitas diferentes, si bien habría que matizar considerablemente cada uno de dichos factores. Lo que es relativamente claro es que en principio cada uno de estos factores por sí solo no podría bastar para generar una situación de irracionalidad. Ahora bien, de estos dos factores, el factor “mala voluntad” es *prima facie* con mucho el más preponderante, puesto que cuando no prevalece entre los hablantes ninguna animadversión especial el problema de la información en principio se puede superar y el diálogo puede proseguir y fructificar. En cambio, cuando los hablantes se detestan la información deja de jugar su rol normal en relación con la conducta de los participantes en la situación y las diferencias evaluativas se agudizan. De ahí que a menudo describamos una situación irracional como un “diálogo de sordos”. Nuestra pregunta es: ¿a qué se puede deber que surjan situaciones así? En otras palabras: ¿cuáles pueden ser sus causas?

Consideremos ahora someramente lo que podría operar como causa de una situación de irracionalidad. Aunque quizá podamos agruparlos por medio de ciertas etiquetas generales o vagas, la verdad es que los factores que inducen a la gestación de situaciones de irracionalidad son de lo más variado, pero están esencialmente vinculados por lo menos con las actitudes, las creencias y los deseos. Consideremos

la cuestión primero de la manera más general posible. Me parece que podríamos reconocer las siguientes como causas potenciales de situaciones de irracionalidad:

- a) los hablantes manejan sin percatarse de ellos datos distintos, información diferente, es decir, creen cosas diferentes. Evidentemente, sus conclusiones no pueden ser las mismas y, por lo tanto, no pueden llegar a un acuerdo.
- b) Los hablantes están motivados por animadversión o mala voluntad hacia su(s) interlocutor(es). Esto hace que cualquier cosa que uno de ellos diga sea sistemáticamente mal interpretada por el otro, lo cual lleva a respuestas que el otro no se espera y que a su vez mal interpreta, etc. Aunque no es exactamente equivalente, podríamos quizá expresar la idea diciendo que tienen deseos (inconscientes, quizá) diferentes.
- c) Los hablantes le confieren diferente peso o importancia a los datos compartidos, es decir, evalúan de manera diferente los hechos. Esto sencillamente impide todo intento de resolución de un problema.
- d) Los hablantes tienen, sin necesariamente haberse percatado de ello, intereses contrapuestos.

Éstas más que causas son condiciones abstractas de irracionalidad. Por consiguiente, no constituyen o permiten elaborar más que un diagnóstico sumamente general. Cómo queden instanciadas en cada caso particular es algo que puede revestir las más variadas formas. Por ejemplo, en un muy útil y perspicaz artículo⁵ E. Funkhouser enuncia siete modalidades de formación de creencias (que en mi opinión se podrían reducir a seis) que no son de las que llamaríamos ‘conducentes a la verdad’ y, por ende, “racionales”, pero que de hecho caracterizan la forma de pensar de muchas personas en multitud de situaciones. Funkhouser, naturalmente sostiene que razonar en concordancia con ellas **es** ser irracional. Así, de acuerdo con él, de hecho a menudo las personas se forman creencias:

- a) sobre la base de razones que se sabe que no conducen a la verdad, pero que se empeñan en así considerarlas.
- b) Por razones que son obviamente insuficientes para establecer su punto de vista, pero nada las hace cambiar.
- c) Con base en razones que son abiertamente contrarias o indiferentes a los estándares usuales de aceptabilidad (en ocasiones la gente cree lo que quiere creer).
- d) Recurriendo a razones que son inmunes a las evidencias que en su contra se tenga.
- e) Cuyo carácter tendencioso es conocido pero, no obstante, las personas las siguen haciendo suyas.

⁵ E. Funkhouser, “Willing Belief and the Norm of Truth” en *Philosophical Studies* 115, 2003.

- f) A sabiendas de que las creencias en cuestión de hecho ya quedaron refutadas.

No creo que pueda decirse de la lista de Funkhouser que sea exhaustiva, si bien es claro que nadie pretendería tal cosa. Lo que en cambio dicha lista sí es es ser ilustrativa y efectivamente ayuda a comprender y a explicar ciertos casos de irracionalidad. Vale la pena observar, por otra parte, que lo que Funkhouser sostiene se acopla perfectamente bien con el enfoque aquí hemos propuesto.

¿Se podría acaso elaborar una lista semejante a la que Funkhouser elabora pero que no versara sobre creencias sino sobre deseos? Creo que sí, pero pienso también que más que pretender intentar elaborar una lista supuestamente exhaustiva de deseos o de pasiones bajas que podrían dar lugar a situaciones de irracionalidad sería preferible considerar unos cuantos casos con no otro fin que el de ilustrar mi punto de vista.

¿Por qué un diálogo entre dos personas usualmente sensatas o razonables podría convertirse en una empresa totalmente fallida? Un esbozo de explicación podría ser el siguiente: uno de los hablantes incluye dentro de sus objetivos más que el de tener objetivamente razón frente a su interlocutor el de ganarle en el debate. Es un hecho que hay gente que no soporta perder una discusión. Las causas pueden ser de lo más variado: por razones de autoridad, de auto-imagen deteriorada, de inseguridad psicológica, de personalidad desarticulada. Otra potencial causa de situaciones irracionales, es decir, de situaciones en las que los hablantes ya no logran construir u obtener de su intercambio absolutamente nada, es el deseo de perjudicar o de hacerle daño a la persona con la que se interactúa; lograr eso se vuelve entonces parte de los objetivos de la discusión para uno de los dialogantes. La mala voluntad no reconocida o la animadversión incontrolada de alguien por otra persona, por lo tanto, también puede fácilmente generar situaciones de conflicto en las que el progreso y la resolución argumentada se vuelven sencillamente imposible. Es indudable que alguien que, por las causas que sean, tiene resentimientos inconfesos, envidias secretas, frustraciones amargas, etc., puede muy fácilmente generar situaciones de conflicto que terminan siendo odiosas para todos los participantes. Un rasgo común a muchos de estos factores causales de irracionalidad es que siendo algo externo a los temas abordados de todos modos entran en el debate, se cuelan (por así decirlo) en la conversación o en la discusión como una parte más de él, casi siempre sin que una de las partes tenga la menor idea al respecto y a menudo sin que el agente mismo esté del todo consciente de ello.

Podemos, pues, decir que si no se rebasa un cierto nivel de generalidad, lo único que se puede ofrecer para dar cuenta de la irracionalidad son esquemas extremadamente amplios, recetas abstractas que a final de cuentas no resultan particularmente explicativas. La irracionalidad se expresa en situaciones conflictivas

concretas y es sólo considerándolas de manera individual como podríamos realmente comprenderlas, puesto que las causas pueden ser de muy variada índole. El punto importante es el siguiente: no hay leyes que permitan predecir la gestación de un cuadro de irracionalidad. Las explicaciones tienen que ser particulares, no casos particulares de leyes generales. Esto es importante, pues hay un sentido en el que el irracional (y, por lo tanto, la irracionalidad) debe ser no sólo incomprendible sino impredecible, esto es, debe siempre yacer un poco más allá de nuestras capacidades de comprensión y de predicción. De lo contrario, el irracional nos resultaría en principio manejable y esto último no parece ser inteligible. Esto muestra por qué lo que en muchas discusiones en torno a la irracionalidad se intenta hacer es ininteligible: se intenta a toda costa hacer comprensible lo incomprendible. La comprensión de una situación concreta de irracionalidad exige no sólo el manejo de los datos relevantes, sino también el apoyo de la psicología profunda (teoría del inconsciente, de actos fallidos, de olvidos, etc.). Qué tan lejos se pueda llegar en este sentido, es decir, que tan compleja o profunda pueda ser la explicación final, eso es algo que, obviamente, no se puede determinar *a priori*.

V) *Observaciones Generales*

Me parece que un resultado del que, sobre la base de lo aquí expuesto, podemos estar relativamente seguros es el de que la propuesta de entender la irracionalidad como expresión de emotividad desbordada debe ser rechazada. En verdad, es una idea declaradamente absurda. Ciertamente, nos puede parecer estafalario, extravagante o hasta incomprendible el que, como muestra de dolor por la pérdida de su hermano el hermano de Schubert haya cortado con tijeras las partituras del músico y las haya repartido entre los amigos. Pero eso no vuelve el gesto irracional. De hecho lo comprendemos. Probablemente la gran mayoría de la gente no habría reaccionado del mismo modo, pero eso es todo lo que se puede decir, además de que muy probablemente al hermano de Schubert le habría resultado incomprendible el que no se expresara de un modo notable el dolor ante la pérdida de un artista de las magnitudes de su hermano. Esa es toda la diferencia entre él y nosotros, pero en la medida en que no hay conflicto, que no hay trabazón dialógica de ninguna clase, que no hay ni siquiera interacción conflictiva con él, difícilmente podría una conducta así ser calificada de 'irracional'.⁶ O considérese el caso de un hombre a quien los celos lo tienen en un estado de depresión permanente y, en un momento dado, por desesperación, por falta de auto-control, comete un homicidio. El agente ciertamente está mal, pero no es irracional. Lo más que podríamos decir es que nosotros no actuaríamos como él si estuviéramos en las mismas circunstancias, pero no que no lo

⁶ Aunque obviamente se podría cuestionar el ejemplo. Supongamos que un amigo de los Schubert se entera de lo que el hermano del artista difunto se propone hacer y que se opone a ello vehementemente diciéndole que es irracional. Se trataría de una situación de conflicto u oposición, en donde lo que una de las personas hace y dice le resulta al otro totalmente inaceptable.

comprendemos. Lo suyo es una reacción humana más, una que uno no emularía, pero no que no comprendería. Hay entre nosotros importantes diferencias de apreciación, pero no paralización intelectual, que es lo que la irracionalidad genera. Después de todo, las reacciones humanas pueden ser de lo más variado, pero no por ello vamos a clasificar las que no nos simpatizan o las que nos son repelentes como “irracionales”. Eso es, me parece, un mal uso del término.

La irracionalidad implica no sólo conflicto, sino también complejidad. Como ya se dijo, un deseo o una creencia, considerados en sí mismos, aislados de conjuntos de actitudes proposicionales, no son ni racionales ni irracionales. El deseo de comer carne de perro o de elefante es tan racional o tan irracional como el de comer carne de cerdo o de res. Es sólo culturalmente que puede resultar irracional, es decir, sólo si se le considera sobre el trasfondo del conjunto difuso de deseos y creencias aceptables en una sociedad determinada. La irracionalidad aparece en la articulación de deseos, creencias y acciones conformando un todo que entra en conflicto con los todos de otro(s) y, eventualmente, con los de uno mismo. Por otra parte, es muy importante entender que la irracionalidad **no** es una enfermedad mental, como tampoco un inmoral es un enfermo. De lo que podemos hablar es más bien de grados de racionalidad o de irracionalidad. Todos, de una u otra forma, participamos en situaciones de irracionalidad y seguramente más a menudo de lo que nos imaginamos. El ser racional tiene obviamente que ver con decisiones concretas, proyectos específicos, objetivos particulares, pero tiene también que ver con un proyecto general de vida. En este sentido, hablar de racionalidad en abstracto es hablar de un ideal humano. El ser humano normal es más o menos racional, más o menos irracional.

El tema de la irracionalidad se vuelve interesante e importante porque nos permite rechazar toda una gama de modelos explicativos referentes a la mente humana. Por ejemplo, un modelo cartesiano es, por decirlo de algún modo, absolutamente inhumano: nadie tiene un único sistema de creencias, pensamientos, deseos, dudas, expectativas, etc., que formen un todo lógicamente consistente. Lo que sugiere nuestra disquisición es más bien la relativización de dicho modelo a pequeñas totalidades conformadas en relación con situaciones específicas y objetivos determinados. Es en relación con el objetivo O que tengo las creencias $C_1...C_n$, y que me propongo realizar las acciones $A_1...A_n$, estando yo ubicado en una cierta situación S . Llamemos a esta pequeña totalidad T . Es cuando **mi** T entra en conflicto con la T de otra persona al modo como lo sugerimos más arriba que caemos en una situación de irracionalidad. Entonces el conflicto no se resuelve. Es perfectamente imaginable, y un rasgo a menudo presente de dichas situaciones, que las dos partes se acusen mutuamente de “irracionalidad”. O sea, una situación así surge cuando se produce una incomprensión radical entre los participantes de un diálogo o de una discusión con miras a resolver una dificultad práctica concreta. Un conflicto puramente intelectual **no** constituye una situación de irracionalidad. En

este caso objetivamente alguien tiene razón y alguien está equivocado (en un caso límite, ambas partes pueden estarlo), pero en el caso de una situación vital de irracionalidad, no siempre es factible y a menudo no es fácil determinar quién es la persona irracional o la más irracional. Es obvio que si la irracionalidad, en nuestro sentido, se resolviera como se resuelve un problema de lógica, el mundo y la vida tendrían otra faz.

No estará de más enfatizar lo que me parece ser una verdad empírica incuestionable, a saber, que **aunque todo ser humano normal es ocasionalmente irracional, ningún ser humano normal es total o permanentemente irracional.** O sea, por una parte la irracionalidad sistemática no es otra cosa que la locura y, por la otra, es prácticamente inimaginable la idea de que podría haber alguien que nunca cayera en situaciones de irracionalidad. La irracionalidad es algo con lo que convivimos y todos estamos, activa o pasivamente, expuestos a ella. Sería un error pensar, además, que caemos en situaciones de irracionalidad sólo cuando sentimos animadversión por alguien. De hecho, se puede ser irracional tanto frente a una persona a quien se detesta como en relación con alguien a quien se quiere. En este sentido, la irracionalidad es independiente de los sentimientos. Por ejemplo, las relaciones padres-hijos, las relaciones de parejas (piénsese en un divorcio difícil, por ejemplo), de amigos que se quieren, de colegas que se estiman, etc., están plagadas de situaciones irracionales. En nombre de los mejores sentimientos se le pueden ocasionar grandes daños a personas queridas. Como bien dice el proverbio “Quien bien te quiere, te hará llorar”. Lo que pasa es que la persona que se ve arrastrada hacia una situación irracional simplemente no lo entiende así y, por lo tanto, no lo ve. De igual modo, sería ridículo identificar conflictos de intereses con conflictos de irracionalidad o tratar de reducir los segundos a los primeros. Éstos son perfectamente conscientes, objetivos, comprensibles; los segundos no, por lo menos para los involucrados. En los primeros, quienes participan saben lo que hacen, hacen sus cálculos, miden sus fuerzas, etc. Alguien tiene que perder, pero eso no vuelve al perdedor un ser irracional. En relación con quienes están hundidos en una situación de irracionalidad, en cambio, lo que quizá describiría mejor su actuación sería algo como ‘no saben lo que hacen’.

Un último punto. Las situaciones de irracionalidad exigen que todas las partes involucradas estén, de uno u otro modo, inmersas en ellas, es decir, que satisfagan todas, en mayor o menor medida, las condiciones de irracionalidad. No se puede hablar de una situación de irracionalidad en la que una de las partes se conduce racionalmente: ¿con quién entraría en conflicto la otra parte? Pero asumiendo que ya se produjo una situación así: ¿cómo la resuelven o superan los seres humanos? Tenemos la experiencia ante nosotros. De lo que estamos seguros es de que las personas no se quedan paralizadas por no poder resolver de manera racional sus conflictos. Lo que en realidad pasa es que las situaciones de conflicto en las que no se puede avanzar se resuelven las más de las veces por medio de otros mecanismos

que los de la argumentación: por la fuerza, por convencimiento, por chantajes, por presiones de diversa índole, por razones autoridad, etc. O sea, es un hecho que nosotros sencillamente no permanecemos pasivos en situaciones de irracionalidad. De éstas instintivamente huimos. De lo que quizá no estamos conscientes es de que, si la solución por la que optamos no es racional, lo que quizá estemos haciendo sea aparentemente salir de la situación problemática pero en el fondo complicarla más y sentar las bases para conflictos más complejos aún y más difíciles de resolver.